

PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.





PENTECOSTES

3a. EPOCA — NUMERO 189

1º DE JUNIO DE 1960



LA CARIDAD

PARA no alargarme demasiado, voy a señalarte un último indicio de la decadencia de la caridad.

7) La caridad sobrenatural ha sido suplantada por un *sentimentalismo* puramente natural.

Vivimos en un mundo tan materializado, que en él sólo encuentran alimento los sentidos, de manera que se ahoga el espíritu.

No tenemos necesidad de salir de nuestra habitación para ponernos en contacto con todo el mundo por medio de la radio y de la televisión. Los viajes, antes tan lentos, difíciles y costosos, ahora se hacen con una rapidez y facilidad maravillosas, de manera que en unas cuantas horas podemos trasladarnos a los lugares más distantes de la tierra.

Todo esto ha hecho que el mundo de los sentidos haya llegado a un predominio terrible que tiende a sofocar todo lo espiritual.

Y esta plaga del mundo de nuestros días ha invadido también la vida cristiana.

Todos sabemos que la vida espiritual, como su mismo nombre lo está pregonando, reside en nuestra parte espiritual, en el alma, y en sus facultades espirituales, el entendimiento y la voluntad. El alma es la que se diviniza por la gracia santificante; así como sus facultades por las virtudes infusas y los Donces del Espíritu Santo (1).

Y así, divinizado el hombre en su naturaleza y en sus facultades, es como puede —ayudado por la gracia actual— ejecutar actos sobrenaturales que lo ponen en comunicación con Dios y lo encaminan a la vida eterna.

Por tanto, la vida espiritual está muy por encima de los sentidos: no se ve, no se oye, no se toca, no se siente, ni podemos imaginarla.

Sin embargo de saber todo eso, son legión las almas que hacen de la sensibilidad el gran criterio para juzgar de su vida espiritual. ¿Sienten a Dios en la oración, en la comunión, en las prácticas de piedad? Entonces todo anda bien. Progresan. Pero, si no sienten a Dios, si el fervor sensible se ha acabado, si se secaron las lágrimas, si ya no late apresurado el corazón y se han ahogado sus suspiros, si el alma yace impotente, seca, árida... entonces, ¡todo se acabó!

Y las lamentaciones de Jeremías sobre la Ciudad santa desolada quisieran hacerlas tuyas para llorar sobre las ruinas de su vida espiritual.

* * *

Este predominio de lo sensible afecta especialmente a la caridad. El amor de caridad es un amor espiritual, sobrenatural; por tanto de suyo no se *siente*.

Pero de ordinario piensan las almas que, si no sienten que aman a Dios, su amor es una ilusión. Un acto de amor en esas circunstancias les parece falsedad, mentira, hipocresía, y piensan que se engañan a sí mismas.

Y lo mismo pasa con el amor al prójimo. No pocas veces el prójimo es antipático, chocante, repulsivo; puede ser hasta vicioso y aun criminal; con frecuencia el pobre es mal educado, renuente al trabajo, sucio, asqueroso; a las veces, aun insolente, exige lo que debía pedir de favor, rechaza lo que no le satisface y, en lugar de la gratitud, nacen en él la envidia y el descontento. En fin, si queremos saborear la amargura de la ingratitude, no hay como hacer un favor.

En esas circunstancias, ¿cómo es posible *sentir* que amamos al prójimo?

* * *

Pasa también lo contrario, que si una persona nos simpatiza, si la vemos llena de cualidades, le sentimos afecto. Si ese amor se funda solamente en las cualidades de esa persona, es un afecto natural y humano. Y sería un engaño grosero, si creyéramos que es caridad.

Hay también personas demasiado emotivas, muy sentimentales y románticas, que de todo se enternecen y de todo lloran. Se ilusionan pensando que tienen un gran corazón y una exquisita caridad, cuando todo eso no suele ser sino puro sentimentalismo.

La caridad es firme y constante; el sentimentalismo es voluble y pasajero.

La caridad se guía por la fe; el sentimentalismo es irracional y por eso llora con la heroína del teatro, del cine o de una novela, y no hace caso de las lágrimas verdaderas que la desgracia hace derramar en torno suyo.

La caridad es oculta y discreta, y sabe descubrir la necesidad de los pobres vergonzantes que no se atreven a pedir. El sentimentalismo necesita la exhibición, que el pobre ostente clamorosamente su miseria y que el auxilio que se le da lo publiquen los diarios, la radio, la televisión. Como los fariseos dan sus limosnas al son de trompetas y atabales.

La caridad es virtud y la reina de todas las virtudes; el sentimentalismo es emoción pasional. Por eso la caridad no pasa, no se acaba ni con la muerte; mientras que el sentimentalismo es efímero como toda emoción.

* * *

Pero si es un extremo reprochable querer que la caridad se sienta siempre; también es otro extremo igualmente reprochable tratar de suprimir todo sentimentalismo en la caridad.

Los que tal pretenden caen en un error que tiene resabios de maniqueísmo y de jansenismo.

De maniqueísmo (2), porque rompen la unidad del ser humano y lo dividen en dos elementos: el cuerpo, de donde viene lo malo por la concupiscencia, y el alma, de donde viene lo bueno.

Y no es así. El cuerpo y el alma no son elementos en pugna, sino son partes integrantes del hombre. El hombre no es ni el cuerpo, ni el alma, sino el alma y el cuerpo unidos en la persona humana. Este hombre íntegro, total, alma y cuerpo, ha sido el objeto de la redención. El hombre íntegro debe justificarse y santificarse. Y Dios glorificará al hombre total, pues sabemos —por dogma de la resurrección de la carne— que, aunque la muerte separa el alma del cuerpo, éste resucitará, espiritualizado, para participar eternamente de la glorificación del alma.

Sin duda que la concupiscencia y las pasiones desordenadas —que residen en el cuerpo— son una de las principales causas de todos nuestros males; pero no son la única; está el orgullo —que reside en el alma— que es algo peor.

Tampoco es malo todo lo que viene del cuerpo: la sensibilidad y las pasiones, bien ordenadas, pueden ser un auxiliar poderoso en la práctica de la virtud.

Santo Tomás estudia las pasiones desde sus dos puntos de vista, como un gran peligro para la libertad moral, pero también como fuerzas de apoyo absolutamente necesarias para obrar moralmente. Afirma que la vida moral encuentra su fundamento propio en el alma, pero agrega que una armoniosa resonancia en la sensibilidad y en las pasiones confiere al acto moral una perfección mayor (3).

Cuando se ama a Dios y al prójimo no sólo con la energía serena de la voluntad, sino también con la sensibilidad del corazón, el amor es entonces íntegramente humano —en el buen

sentido de la palabra— es decir, de todo el hombre, alma y cuerpo, espiritual y sensible.



Este error, de suprimir o ahogar sistemáticamente todo lo sensible, tiene un marcado tinte jansenista (4).

Los jansenistas, en efecto, tenían fobia por todo lo sensible, porque creían que estaba siempre muy cerca de la concupiscencia y por eso se debía suprimir en todas sus formas.

La piedad jansenista es seca, fría, temerosa, rigorista, despojada de todo lo que pueda hablar a los sentidos y al corazón, abstracta y casi exclusivamente interior, como si el hombre fuera puro espíritu.

De aquí su recelo por la devoción a la humanidad de Jesucristo, a la Eucaristía, a la Virgen Santísima, etc.

En realidad, la sensibilidad necesita del espíritu para que la guíe, y el espíritu necesita de la sensibilidad para dar todo su rendimiento, para expansionarse rica y vigorosamente.

La sensibilidad y las pasiones son fuerzas vitales que de suyo no son ni buenas ni malas; pero que se hacen malas, si nos arrastran al mal; y se hacen buenas, si hacemos que cooperen al bien.

La ascética cristiana no trata de destruirlas en cuanto fuerzas vitales —lo que por otra parte ni sería posible— sino de ordenarlas sometiéndolas al espíritu.

Un acto de amor de Dios es verdadero, sincero, meritorio, hecho con la pura voluntad, sin que intervenga para nada la sensibilidad. Pero si el acto de la voluntad va secundado por la *pasión-amor*, ¿quién no ve que ese acto es más perfecta e íntegramente humano, más rico, más pleno, porque la sensibilidad le agrega ese tinte de ternura, de delicadeza, de emoción que cautiva al mismo Corazón de Dios

Así nos amó Cristo, con un Corazón divino y humano, con un amor que se cernía en las cimas de lo divino y se abajaba hasta las miserias humanas; con un amor sereno e impassible como Dios, pero al mismo tiempo, tierno, delicado, compasivo hasta las lágrimas.

¿Por qué pretendemos neciamente ser más perfectos que El, tratando de suprimir todo lo sensible?

La Pasión —el Sacrificio de Cristo— es la clave de su vida, el secreto de su gran obra —la Redención del mundo y la glorificación de su divino Padre—. Ahora bien, suprimamos la sensibilidad exquisita de Jesús y ¿qué queda de su Pasión?

Suprimamos lo sensible; y ¿qué queda del anonadamiento de la Encarnación, de los encantos de Belén, de las intimidades de Nazareth, de los trabajos de la vida pública, de la gloria de la Resurrección?

Suprimamos lo sensible: y ¿qué queda de la Eucaristía y

de todos los demás sacramentos y de todos los esplendores de la Liturgia?

En buena hora que demos a lo sensible su lugar secundario y que ordenemos nuestras pasiones sometiéndolas al espíritu; pero no intentemos destruir lo sensible, porque forma parte del hombre como salió de las manos de Dios.

EXAMEN

1.—¿Tu piedad es puramente sentimental? Lo puedes comprobar, si tu criterio para juzgar de tu vida espiritual es lo sensible. ¿Quieres *sentir* el amor a Dios y al prójimo? ¿Quieres *sentir* fervor sensible en la oración, en la Comunión, etc.?

2.—¿Quieres comprobar, de una manera *sensible*, si progresas o retrocedes? Si no puedes comprobar el crecimiento de un niño de un día para otro —a pesar de que se trata de un aumento material— ¿cómo pretendes comprobar tu crecimiento en la virtud, si no hay instrumentos para medirlo?

3.—¿Estás convencido prácticamente de que la vida espiritual no puede ser percibida por los sentidos? ¿que no se ve, que no se oye, que no se toca, que no se siente?

A no ser que esa sensación o gusto sensible sea como un escalón para que te eleves al gusto de las cosas insensibles, o una redundancia. Esto sucede cuando de tal manera inunda Dios al alma con sus consuelos espirituales, que redundan y se desbordan hasta la parte sensible.

4.—O al contrario, ¿pretendes de tal manera espiritualizarte que sofocas todo lo sensible?

Lo cual puede suceder, porque tú o quien te dirige o los que te rodean hacen todo alarde de ser varoniles, que ven con recelo y repugnancia todo lo sensible, como si todo lo sensible fuera femenino.

O bien, porque no educaste a tiempo tu vida afectiva; antes, en lugar de dejarla que se desarrollara normalmente, la sofocaste como se asfixia un pajarito apretándolo entre las manos. Te vuelves entonces frío, duro, exigente, inmisericorde, de una severidad repulsiva, de una austeridad intransigente.

Y como lo que se siembra eso se cosecha, acabarás por verte acorralado por el hielo de la indiferencia. ¡Qué tristes serán tus últimos días!

Ten además cuidado, porque estás obrando contra las leyes psicológicas de nuestra naturaleza, y tarde o temprano llegarán a tomar la revancha.

Viene entonces una *crisis afectiva*, es decir, un deseo, un ansia, un hambre de afectos muy peligrosa.

5.—Tratar de suprimir todo lo sensible, te lleva a no “sentir” con la Iglesia, esto es, a no juzgar como ella.

¿Es posible suprimir lo sensible de los sacramentos? Es acabar con ellos.

¿Es posible suprimir lo sensible de las ceremonias del culto?

¿Es posible suprimir lo sensible de la Liturgia?

Por lo menos se llega al extremo de ver con disgusto cosas que prescribe o usa la Iglesia.

¿Son femeninos los perfumes? La Iglesia los usa en el incienso y en las flores.

¿Es femenina la seda y los bordados? La Iglesia prescribe la seda para los ornamentos sagrados, y es por lo menos costumbre secular que lleven bordados a propósito. Usar ornamentos de lana o de lino —so pretexto de que esa materia es más varonil— es conculcar las prohibiciones expresas de la Iglesia (5).

¿Son femeninas las filigranas de oro y plata y las piedras preciosas? Nada mejor para adornar los cálices, copones y custodias. .

Es preciso reflexionar que no se trata de que el hombre se adorne, sino de que se realce el culto divino ofrendándole a Dios todo lo mejor que nos ofrece la naturaleza y el arte.

Es preciso que podamos decir con el salmista: “*Amé el decoro y la hermosura de tu Casa. Dilexi decorem domus tuae*” (6).

6.—Sé más humano. Recuerda que Dios te hizo cuerpo y alma, materia y espíritu; no sólo cuerpo, ni sólo alma, sino los dos elementos unidos. No digas que tu cuerpo es la prisión de tu alma; no, es tu compañero, compañero de luchas en la tierra, compañero de gloria en el cielo.

No digas tampoco que el cuerpo y el alma están en constante lucha, como si fueran enemigos irreconciliables. Antes deben llegar a vivir en la unión, en la armonía, en la paz, no por los caminos de la tiranía, sino por los senderos suaves de la gracia.

Los que deben estar en constante pugna son los que S. Pablo llama “*el hombre viejo*” y “*el hombre nuevo* (7)”. Pero el hombre viejo no corresponde al cuerpo ni el nuevo al alma. El hombre viejo es la concupiscencia, el egoísmo, el orgullo, toda la triste herencia del primer Adán; el hombre nuevo es el que nace de la gracia, “*creado en la justicia y en la santidad de la verdad*”.

Tu cuerpo, como lo afirma el mismo Apóstol, es el templo del Espíritu Santo. Respétalo como se respeta un templo.

Y así unidos, en armonía perfecta, el alma y el cuerpo, lo sensible y lo espiritual, llegarás a la santidad y a la dicha eterna en el cielo. Por eso el poeta dijo —hablando al alma de su cuerpo—:

*"No desdeñes al dulce compañero;
hazlo manso, sumiso y obediente;
témpalo en sus ardores
brúñelo con dolores
hasta lograrlo puro y transparente
como el cristal (8)".*

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

(1) Estrictamente hablando, el sujeto de las virtudes es como sigue: en la voluntad residen la caridad y la esperanza; la fe, en la razón, así como la prudencia; la justicia también reside en la voluntad; pero la fortaleza, en el apetito irascible y la templanza en el concupiscible. Los Dones residen: en la razón, los Dones de Sabiduría, Entendimiento, Ciencia y Consejo; en los apetitos sensitivos, los Dones de Piedad, Fortaleza y Temor.—(2) Los Maniqueos enseñaban que había dos Principios de todas las cosas: uno del Bien y otro del Mal. Los dos igualmente activos. Y aun llegaron a darles un carácter divino: el dios del Bien y el dios del Mal. Los cátares y los albigenses renovaron esta herejía y, en nuestros días, los que hacen de la materia un principio completamente malo. De estos errores se siguen otros gravísimos, como que Jesucristo no tuvo un cuerpo real, que no resucitarán los cuerpos, que el matrimonio es malo, que es lícito el suicidio, etc.—(3) I.IIae., q.25, ad 3m.—(4) Herejía del siglo XVII que deformó la piedad cristiana por más de un siglo (todavía quedan resabios). Pretendía profesar una gran piedad; pero en el fondo alejaba a las almas de Dios, de los sacramentos, de la confianza, con un rigorismo extremo, y excluía de la piedad todo lo sensible inexorablemente.—(5) S.R.C., no 2769, dub. 5, ad 3; no 3779, añ 1.—(6) Ps.XXV,8.—(7) Cf.: Rom., VI,6; Ephes., IV, 23.—(8) José Ma. Pemán, en su poema "Cuerpo". (Fragmentos de un salmo). Obras completas, Tomo I, págs. 814-818.

P E N T E C O S T É S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Ap. N° 1580. Ofic.: Ciprés, 59. Tel.: 16-03-85.

México 4, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 5.00. Número suelto \$ 0.50. En el extranjero: Dlírs. 0.50. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la per-
ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO
sona que nos coloque 10 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una
por un año.

Registrada como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México,
el 27 de abril de 1937.



VIA ILUMINATIVA

[A Vía iluminativa empieza en la “noche oscura del sentido”; pero después de ese periodo doloroso y purificativo empieza otro apacible y lleno de alegría espiritual.

Durante el periodo de iluminación sabrosa no se excluyen, de ninguna manera, algunos intervalos dolorosos y penas que siempre manda el Señor a sus elegidos.

Pero dentro del modo general con que Dios conduce a un alma, la vía iluminativa tiene una fase sabrosa y tranquila.

Podemos señalar tres caracteres distintivos de esta edad espiritual de las almas:

—estado de gracia, firmemente cimentado en el alma;

—progreso muy notable en las virtudes y,

—pasividad frecuente, como fruto del ejercicio de los *Do-nes*. En las almas contemplativas, gran facilidad para la oración que empieza a ser verdadera contemplación infusa, aunque no haya llegado a su pleno desarrollo.

Estado de gracia

El estado de gracia significa una radical transformación en el alma.

El alma que no tiene la gracia, está muerta para la vida sobrenatural; si su estado no cambiara hasta el momento de morir, se vería arrojada al infierno.

La gracia de suyo no debería acabarse, pero las pasiones desarregladas, la inclinación hacia el mal, la debilidad o la malicia, despojan de este don divino a las almas.

Las virtudes infusas van encontrando más y más un apoyo en las virtudes adquiridas; las buenas acciones, el ejercicio de las virtudes, van dando solidez a la permanencia de la vida sobrenatural en el alma, hasta que en ella la gracia se arraiga profundamente y se asienta sobre firmísimos cimientos.

La "noche oscura del sentido" ha purificado el alma de todos los ataques que provienen de la sensibilidad y la ha dejado más segura en la posesión pacífica de la Vida divina.

Así pues, los que se dedican a la virtud, cuando han llegado a la *vía iluminativa*, se encuentran como en una fortaleza muy firme y defendida y por eso la gracia que han recibido del cielo se haya en un lugar muy seguro contra los peligros del pecado.

Progreso en las virtudes

Las virtudes de las almas que se encuentran en este período, aunque no han alcanzado todavía la heroicidad, son virtudes verdaderamente sólidas.

Los defectos de los principiantes, de los cuales ya hemos hablado, se han corregido y, en su lugar, aparecen algunas hermosas virtudes.

La *Fe* ha recibido muchas luces nuevas e influye habitualmente en toda la actividad humana para hacerla divina. Las miras, las intenciones, los juicios, todo está invadido por la luz de la fe.

La *Esperanza* tiene un objeto más puro y ordenado: la gloria de Dios, los bienes eternos y puramente espirituales. Han desaparecido los deseos terrenos y sensibles.

El motivo de esta esperanza, cada vez más perfecto, es la Misericordia de Dios y no las virtudes propias, porque el alma ha palpado su impotencia en la "noche oscura del sentido" y, al mismo tiempo, ha entendido más la inagotable Indulgencia de Dios.

La *Caridad*. El progreso fundamental del alma está en la Caridad; amor a Dios y al prójimo por Dios.

Una divina "*simpatía*" hace que el alma entienda más a Dios y se acerque más a El en medio de las "*tinieblas sagradas*" de la fe.

Y por esa misma "*simpatía*" entiende más a sus hermanos y les desea, con mayor interés, los bienes de la Vida Eterna.

Como signo característico, la *humildad* pone su tinte a todas las acciones. Ya no se siente el alma superior a los demás, ya no hay deseo desordenado de enseñar y hablar de asuntos espirituales con suficiencia. Acepta de buen agrado ser enseñado y *agradece* los consejos y aun las reprensiones.

Ya no sostiene su propio juicio con pertinacia, sino que sabe oír y sabe desandar lo andado y caminar por otro camino.

Por último, la *paciencia* —que nos "*es tan necesaria*"— se desarrolla por los días largos de tedio y desabrimiento sensibles.

Ya no más ansiedades ni premuras inmoderadas: ¡han sido tan duras las lecciones "*forzosas*" de paciencia!

La Vía iluminativa es una etapa intermedia entre los “*principiantes*” y los “*perfectos*”, por eso todo lo que se diga de “*los proficientes o aprovechados*”, ni es principio, ni es perfección.

El ejercicio de los Dones no rige *toda* la actividad espiritual, pero *con frecuencia* hay algunos “*toques*” de los Dones que iluminan e impulsan hacia Dios por caminos superiores.

Por parte del alma, no hay una PASIVIDAD casi continua, como la habrá en la UNIÓN; pero la PASIVIDAD hace su aparición, y el Espíritu Santo comienza a tomar cada vez más inmediatamente la dirección del alma.

Según el género de vida y la vocación particular de cada alma, uno u otro Don ocupa el primer lugar.

Las almas contemplativas sufren el influjo de los Dones de Ciencia, Entendimiento y Sabiduría y la *contemplación infusa* sabrosa —no dolorosa como en la “*Noche oscura*”— hace que el espíritu encuentre fácilmente las luces que lo guían por el camino secreto del conocimiento de las cosas divinas.

Los hombres de gobierno —fundadores, superiores— empiezan a seguir los caminos elevados por donde los lleva el Don de Consejo, ante el desconcierto y la admiración de los que cuentan solamente con la *prudencia* y las luces de la razón.

Las almas de actividad, de apostolado, que dedican su tiempo a los hospitales, a las cárceles, a los pobres, reciben el auxilio poderoso de los otros Dones: Temor de Dios, Fortaleza y Piedad.

* * *

Las almas que llegan a la plena vía iluminativa, son relativamente raras, puesto que una inmensa mayoría se ha quedado en la “*Noche del sentido*”. El tedio y la oscuridad las llenaron de desaliento. Probablemente no encontraron comprensión en sus superiores o directores espirituales, y el entusiasmo huyó y dejaron todo por la paz para continuar únicamente arrastrando una mediocre vida espiritual.

Las almas de la vía iluminativa no son “*almas santas*” en toda la extensión de la palabra; pero son almas virtuosas y verdaderamente devotas.

De vez en cuando, el cielo sereno de su espíritu se nubla y la tempestad se abate furiosa. Es algo mucho más terrible que la “*Noche*” pasada, son los presagios de lo que ha de venir, cuando la “*Noche del espíritu*” purifique totalmente sus impurezas e imperfecciones y deje al alma dispuesta para la divina Unión.



3°—El Espíritu Santo, Espíritu de fortaleza, impulsa al cristiano hacia los incrédulos —o hacia los cristianos tibios— para realizar los designios del Padre.

a) Es éste un papel importante de la misión del Espíritu Santo en la Historia de la Salvación; se trata del aspecto profético y misional tan manifiesto en los personajes del Antiguo Testamento; más todavía —y de una manera nueva— en los Apóstoles, y en diversos grados en todos los cristianos que han recibido el sacramento de la Confirmación; en todo caso, aspecto muy sensible en la Iglesia de nuestros días, particularmente por el deseo que experimentan los cristianos de intervenir en el mundo.

Según el discurso de San Pedro el día de Pentecostés, *todos los miembros* del pueblo de Dios se han convertido en *profetas* que el Espíritu Santo inspira y hace hablar en nombre del Señor para realizar sus designios redentores (1).

Este título de profeta de ninguna manera significa que el cristiano haya recibido los carismas de carácter extraordinario ni que se arrogue el papel de predicador.

Este título de profeta es muy semejante al de "*testigo*", y significa:

—que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, el cristiano ve y escucha —a la luz de la fe— al Cristo resucitado y la autenticidad de su divinidad y el esplendor de su misión;

—que profesa y proclama esos hechos como indiscutibles y que tiene a su vez la misión de dar testimonio de ellos a los que no los han visto u oído todavía o sólo de una manera incipiente y confusa.

Esta verdadera misión, confiada a todo cristiano adulto, ha de cumplirla según su situación propia y providencial; de ordinario en un campo limitado, tranquilo y sencillo. Por ejemplo, por su manera de juzgar las cosas y los acontecimientos —por sus actitudes ordinarias— por la orientación general y la meta que da a su pensamiento y a su vida —por la influencia cristiana que ejerce así en todos los sectores con quienes tiene relaciones.



De esta manera, todo verdadero cristiano es "*luz y sal de la tierra*", mensajero y heraldo de la "*Buena Nueva*"; propone así a los que lo rodean la necesidad del problema religioso, el problema de Dios y de su Cristo resucitado, en la Iglesia y en el mundo actuales.

Dios y su Cristo se revelan por él, esto es, el cristiano da testimonio de la presencia de Cristo y lanza su llamamiento en torno suyo.

De esta manera el Espíritu Santo está en la base de todo apostolado (2), ya sea individual y privado, ya sea organizado y oficial, como en la Acción Católica, por ejemplo.

Basta haberse ocupado de un grupo de la Acción Católica, de jóvenes o de adultos, para haberse dado cuenta de cómo el Espíritu Santo, el gran Testigo de Jesús, obra por ellos en nuestro mundo actual y por su medio da gloria a Cristo y al Padre, cuyo Nombre es glorificado por el éxito de su apostolado en el medio en que trabajan.

El dinamismo irresistible del Espíritu de Pentecostés continúa.

Manifiesta la Fortaleza de Dios en el mundo por medio de los cristianos y justifica así su esperanza.

¡Qué necesario es que los cristianos estén cada día más convencidos de este aspecto de su vida espiritual! ¡Qué necesario es que se penetren del sentido del misterio de Pentecostés, que mediten el libro de los "*Hechos de los Apóstoles*", que comprendan su propia Confirmación, ese sacramento tan escandalosamente desconocido!

Muchos serían entonces menos reacios a seguir el impulso divino, menos decepcionados del apostolado cristiano.

* * *

b) Decimos en fin que el mismo Espíritu que hace al cristiano profeta y testigo, es también el Espíritu que da fuerza al cristiano para resistir, para soportar la persecución. Y esto también es de actualidad.

Un cristiano cuanto más hace brillar la luz de Cristo, tanto más toca los corazones; pero, al mismo tiempo, tanto más suscita oposiciones.

El caso es típico en los profetas del Antiguo Testamento, en Jesús mismo, en sus Apóstoles, a quienes Jesús anunció a la vez las persecuciones y la asistencia del Espíritu Santo, que sería su fuerza, que les dictaría su valiente testimonio, que los defendería ante el mundo y el demonio.

El testimonio supremo es la muerte —*mártir* quiere decir *testigo*—. La tradición más unánime piensa que la muerte no fue soportada por Cristo, sino por una asistencia muy especial de su Espíritu.

El ejemplo más típico es precisamente el del primer mártir, San Esteban (3) el diácono "*lleno del Espíritu Santo*". Y todos los demás mártires son también las obras maestras de la escuela de Fortaleza del Espíritu Santo.

* * *

En resumen: el Espíritu Santo cada día abre más el corazón del cristiano dócil a los mismos horizontes que fueron los del Hijo muy amado: la gloria del Padre por el cumplimiento de su designio de salvar al mundo.

¿Es necesario probar detenidamente hasta qué punto la Iglesia actual se ha hecho dócil a este gran Sopló?

Desde hace unos treinta años asistimos a un despertar misionero de extraordinaria amplitud.

No se trata de disimular las dificultades, las pruebas y aun los peligros que ha encontrado. Pero tampoco hay que desconocer su autenticidad ni los frutos que ha producido ya y los que promete todavía.

Pensemos en los múltiples movimientos de Acción Católica,

sobre todo en las actividades especializadas de jóvenes y de adultos.

Pensemos en la renovación paciente de muchas parroquias que se transforman en "comunidades misioneras".

Pensemos en las obras: "Pax Christi", "Semanas Sociales", "Intelectuales Católicos", "Obras Misionales", etc.

culares, que tratan de llevar la vida religiosa al corazón mis-
culares, que tratan de llevar la vida religiosa en el corazón mis-
mo del mundo paganizado. (Sólo a fines de 1953, 200 de estos
Institutos habían pedido su aprobación a la Santa Sede).

Pensemos en el empuje de las misiones extranjeras y en la
multitud de mártires que las han honrado...

Concluiremos entonces que en nuestra época, una de las
más hermosas de la Historia de la Iglesia, el Espíritu Santo
coordina su acción en lo íntimo de cada alma con la acción
que desarrolla en el Cuerpo Místico del Cristo total.

J. Aubry, S.D.B.

(Adaptación y versión de J.G.T.)

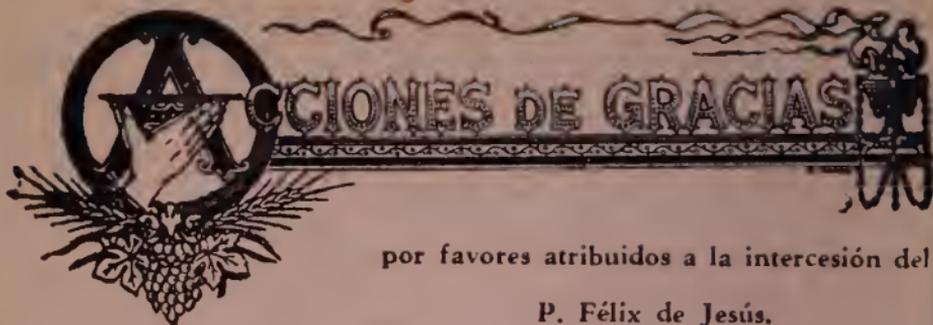
(1) Téngase muy presente que la profecía, no es sólo el conocimiento de los
futuros contingentes, sino también el conocimiento y la manifiestación de las ver-
dades reveladas. La profecía es de suyo una gracia "*gratis data*" o carisma; pero
aquí no la considera el autor como carisma, sino en su acepción más amplia y co-
mo una gracia ordinaria.—(2) Una comisión de sacerdotes se presentó ante el
Director de una obra mundial, muy en boga en nuestro tiempo, para pedirle que
en su obra incluyera ese movimiento, mundial también, para pedir la consagra-
ción del mundo al Espíritu Santo. Contestó evadiendo la súplica y alegó como
razón que su obra sólo incluía devociones fundamentales... ¡La devoción al Es-
píritu Santo, devoción secundarial ¿Será posible que hasta ese grado se desco-
nozca al Santificador, al Alma de la Iglesia, al Espíritu del Padre y de Jesús?...
—(3) Act., VI 2, 5, 8, 10; VIII, 51, 55).

APOSTOLADO LITURGICO

Para ofrecer a los sacerdotes, religiosas y fieles todo lo
relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos
sagrados, etc. Todo litúrgico, artístico y económico. Tenemos
también Breviarios, Misales, Misales para fieles y demás libros
litúrgicos.

Nuestra obra no es comercio: es apostolado.

PIDANOS INFORMES A MADERO 42, DESP. 31.



por favores atribuidos a la intercesión del
P. Félix de Jesús.

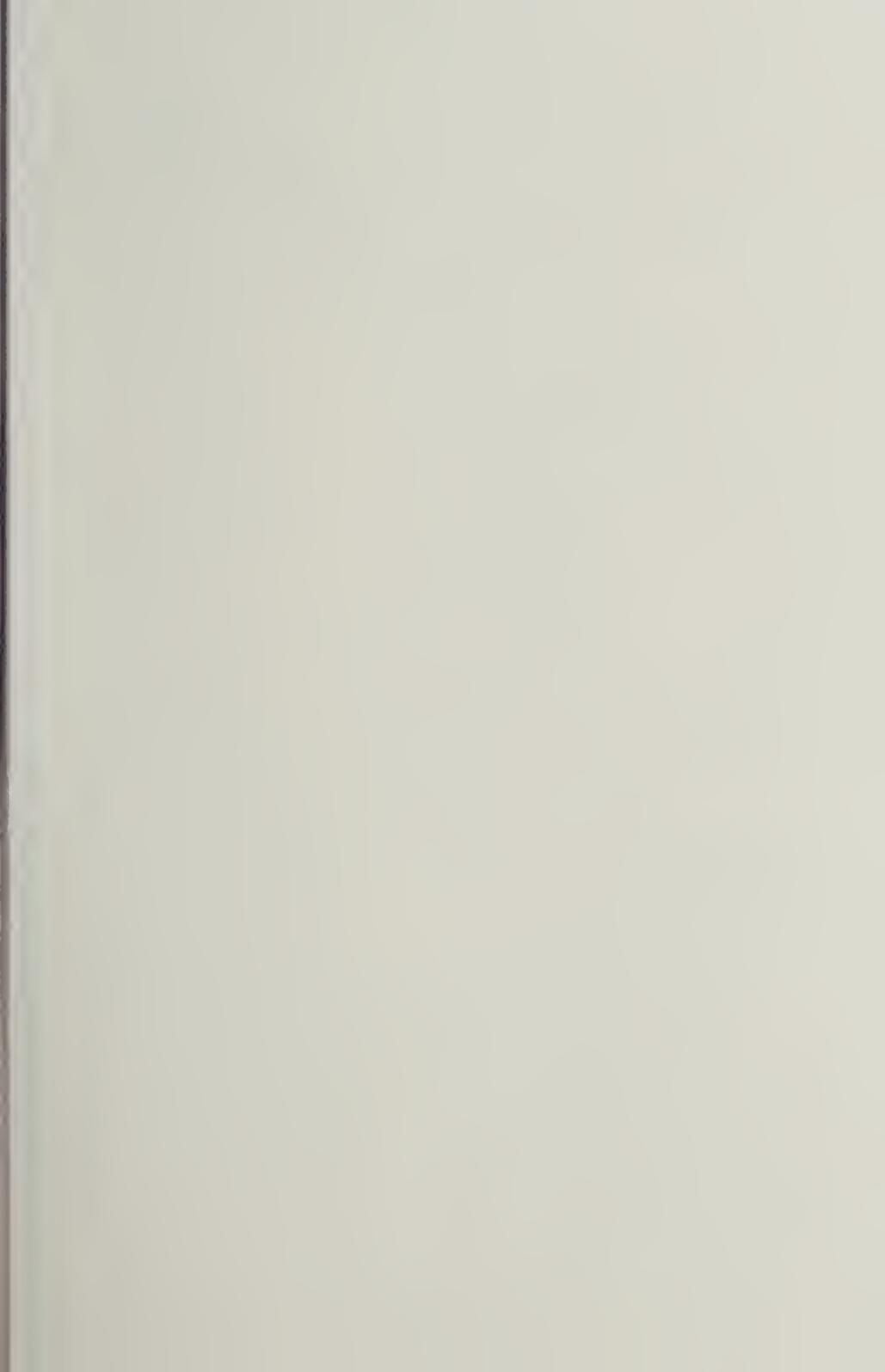
CELAYA, GTO., Ma. Leonor Sánchez por haber alcanzado la salud de su papá.—IRAPUATO, GTO., Carmen M. de Rodríguez por un favor recibido.—SILAO, GTO., Elena Flores por un favor recibido.—AMECA, JAL., Camila Ayón por un favor recibido por intercesión de la Sma. Virgen de Talpa y del P. Félix de Jesús.—GUADALAJARA, JAL., Josefina de Barragán por un favor recibido.—PUEBLA, PUE., Ma. Cristina G. Palacio de Torreón por haber obtenido la salud de su esposo gravemente enfermo.—PURUANDIRO, MICH., Paz G. Roa de Pérez, por la curación casi repentina de una persona y de su esposo gravemente enfermo.—MEXICO 21, D. F., Sra. Luz de V. Bárcenas por el arreglo de un asunto difícil. Ma. del Carmen A. Pérez Baca por haber salido bien de una operación de la vesícula.—PRESIDIO, TEX., U.S.A., Ana Armendáriz, una petición al P. Félix, Mons. Martínez y Sra. Armida.—LAREDO, TEX., U.S.A., Carmen Martínez por un favor recibido por intercesión del P. Félix y del P. Javier Calderón.

DONATIVOS PARA NUESTRAS CASAS DE FORMACION

GRANADOS, SON., José A. Durazo.—MEXICO, D. F., José Antonio Ortega.

NUESTROS DIFUNTOS

AMECA, JAL.—Concepción Mandujano y María Vda. de Marín.—GUADALAJARA, JAL., Librada Morones, agente de "La Cruz".—MONTERREY, N. L., Manuela Saucedo, Josefina Garza Lafón, María Jaques, Guadalupe G. de Moreno, Juana F. de Morales, Andrea Yanes, Josefa R. de Morales, Ma. del Refugio P. de Botello y Andrés Galindo.—CULIACAN, SIN., Rosario Román, Ma. Fernanda Dórame, Sra. Francisca Recio.—GUASAVE, SIN., Melesio López.—ORIZABA, VER., Celadora difunta: Soledad H. Vda. de Bolaños.—JEREZ, ZAC., Josefa Llamas Vda. de Reveles y Francisca Díaz Vda. de González.—ZACATECAS, ZAC., Ma. H. Vda. de Díaz, Francisca García y Rosario Campos.—TLALPAN 22, D. F., Ma. Luisa Valenzuela.—MEXICO, D. F., Lucina Hinojosa, Leticia Mejía.—LOS ANGELES, CAL., Roque Jaramillo.—SAN ANTONIO, TEX., U.S.A., Sor María de la Inmaculada Concepción. Religiosa Ursulina.



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1534

FOR LIBRARY USE ONLY

FOR LIBRARY USE ONLY

